

V

ROSA DE PASION

¿Qué escondido pesar, qué misteriosa inquietud empañó tu frente de azucenas, blanca Musa de Argel, y abrió en tus ojos negros y soñadores el manantial de las lágrimas? ¿Qué secreta aflicción te retrae de los alegres zocos juveniles y guía tus pasos a deshora por los senderos del jardín y clava tus miradas ardientes en el mar, en ese mar bravío y azul donde retumba el eco de las tragedias de Lepanto, de Túnez y la Goleta? ¿Por qué te enojan el danzar y el tañer, las serenatas y los versos, las muelles delicias de tu vivir moruno entre sedas y flores y exquisitos perfumes? ¿Por qué cuando la voz aguda del muecín canta su azalá plañidera en el silencio de las horas, de uno en otro alminar, huyes a tu aposen-

te más retirado y allí das rienda suelta a los sollozos? ¿Por qué, después, cuando llega a tus oídos un rumor de extrañas voces, un crujir de cadenas, miras con ansia por la entreabierta celosía al hondo patio donde yacen los cautivos del Rey?

Hermosa eres, Zoraida, como sol de mayo entre el rubor amaneciente; blanco es tu rostro y más fragante que los puros jazmines; tu cabellera negra como el ébano; tu talle gentil como la palma en la llanura; el mirar de tus ojos tiene el brillo eficaz de los luceros en la noche; tu voz la dulce melodía del laúd. Es tu morada rica y suntuosa como un palacio granadino; tienes tarbeas y camarines primorosos con paredes de ataurique, alfombras de Arabia, puertas de cedro y de marfil; patios de luna y de sueño con finos surtidores y galerías de encaje labradas por mano de alarifes andaluces; jardines colmados de flores y de frutas, con juegos de aguas de ingeniosas llaves y orquestas de músicos ruiseñores. Tienes mil joyas rútilas, bálsamos y aceites olorosos, telas y gasas peregrinas, cuanto da luz y pri-

mor a los encantos de una mujer; llenos están tus cofres de olvidados arreos, magníficas aljubas sembradas de gemas resplandecientes, almalafas sutiles como la espuma, collares de perlas, ajorcas de oro, brazaletes constelados de diamantes. Eres la flor y espejo de tu raza; todas las doncellas te envidian; todos los mancebos te adoran. Tu padre, el dadivoso Agi-Morato, alcaide que fué de las fortalezas de Orán, renovó para ti los tesoros de las Mil y una Noches. Y un gran señor, un gallardo virrey músico y poeta, sabio, ingenioso y liberal, viene, muerto de amores, al pie de tus ajimeces a tañer el laúd, a decirte, con clara y conmovida voz, *kasidas* y *gacelas* orientales.

Pero tú, paloma nacida para volar más alto, con más noble y espaciosa libertad, aborreces la perezosa indolencia donde tu casta doncellez se consume; dejas dormir las galas, marchitarse las flores y desgranarse las perlas: ¿qué valen las de Oriente junto a las lágrimas divinas que tus ojos lloran?

¿Te acuerdas? Cuando eras niña, cuando tu corazón inquieto y amoroso comenza-

ba a despertar con impacencias febriles, te tuvo en sus brazos una pobre mujer, una esclava de tu padre cautiva muchos años del yugo y servidumbre argelinos. En el regazo maternal y piadoso de aquella santa criatura aprendiste a poner los pensamientos por encima del mar, y a conducirlos cual golondrinas aventureras y cristianas a las torres insignes que en Toledo y Sevilla, en Burgos y León, tienden al cielo con impetu los brazos abiertos de sus cruces. Un nombre suave y glorioso, el de MARÍA, fué ya para siempre el tuyo dentro de tu sensible y enamorado corazón.

Murióse la esclava, rompió su cárcel para volar al reino de la eterna y segura libertad. Y desde aquella hora, todos tus deseos enardecidos, ansiosos también de sacudir la esclavitud, se encaminaron a la tierra de los hidalgos españoles, hacia la amiga tierra cuyas playas veías en sueños en el azul del mar. Desde entonces pegada al ajimez de tu camarín solías mirar á los cristianos sin atreverte nunca a declararles tus querellas. Un día, en el patio de la prisión, avizoraste

un cautivo cuya prestancia y majestad le distinguían al punto de los otros. Era un hombre de robusto, de agraciado talle, moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta. Mostraba en su apostura que, a cambiar los lienzos azules del esclavo y el bonete argelino por elegantes ropas, tuviera trazas de rey. Ningún otro cristiano te pareció tan caballero. Ninguno se te figuró tan digno de inspirar una ciega confianza, una ardiente y sublime pasión...

Es Ruy Pérez de Viedma, un capitán del siglo de oro, un español de los de cetro en alma, que al sentir los hervores de la primera juventud, dolíase ya, como César, de no haber conquistado el mundo. Leonés de cuna y solar, con sangre hidalga y ambiciosa en las venas, salió de su pueblo a la ventura, lleváronle sus pasos a Oriente, se embarcó para Génova, se hizo soldado en Milán, peleó en Flandes bajo el gran duque de Alba, alcanzó a ser alférez del famoso capitán Diego de Urbina, y asistió luego en

las naves de Andrea Doria a la jornada de Lepanto. Mas, en la noche de este día glorioso, cayó herido y preso en la galera del Uchalí, rey corsario, que merced a su valor y fortuna pudo escapar a Constantinopla con todos sus navíos, después de rendir las insignias de Malta. Bogando al remo en «la capitana de los tres fanales», hallóse Ruy Pérez en Navarino, y la Goleta, presencié la rota de los inadvertidos defensores, y dió, al fin, con sus valientes y trabajados huesos en Argel...

Un bonetillo azul cubre desde entonces los rebeldes cabellos del capitán, acostumbrados a competir con las airosas plumas del castoreño; un burdo sayo oprime su arrogante figura; unas ajorcas de hierro traban sus pies dominadores; una cuadra en el baño del rey cerca y agobia con fuertes muros su vida y libertad.

Dicen «el baño grande» a un lóbrego cuartel donde se alojan los cautivos y, más propiamente, al aposento principal en que al redor de una clara cisterna se reúnen los cristianos, oyen misa, tienen conversación

y hasta suelen improvisar zambras, comedias y donaires. Allí, en la desgracia común, se juntan y confunden caballeros famosos y villanos ruines, españoles y extranjeros, sacerdotes y seglares, varones de ciencia y de virtud, y pícaros de la hez. Un pobre soldado de Castilla cuya manquedad evoca los recuerdos de la jornada de Lepanto, descuella sobre todos con raro y singular dominio: es de presencia noble, el rostro aguileño, la color viva, antes blanca que morena, el cabello castaño, la frente espaciosa, los ojos alegres, corva la nariz, la boca pequeña, los bigotes grandes, la barba rubia, y tiene «un no sé qué» de seductor y sugestivo, de imperioso y dulce en toda su persona, que al punto roba y hechiza el corazón. Se llama Miguel de Cervantes Saavedra...

Apenas tuvo tiempo el capitán Ruy Pérez de otear el puerto y la ciudad de Argel, «gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de

sarios, amparo y refugio de ladrones que salen con sus bajeles a inquietar el mundo.» Cruzó el cautivo la bulliciosa marina, poblada siempre de heterogénea multitud, y más cuando vuelven las audaces galeotas dueñas del mar, abarrotadas de tesoros. Entre el alegre vocerío de la chusma, entró Ruy Pérez de Viedma por las calles de la ciudad argelina, silenciosas y aletargadas, con esa soledad y recogimiento de los pueblos morunos donde la vida se esconde en lo interior de los hogares, al misterioso abrigo de altas paredes y calladas rejas.

A fuer de capitán y prisionero de rescate, pusieronle con otros en el «baño grande» del rey, allí donde los cautivos pasan las horas en triste ociosidad, saltando y jugando con sus propias cadenas, para entretener el tiempo y engañar sus pesadumbres.

Encima del patio de la prisión caen las ventanas de la casa en que vive un moro rico y principal. Cierta día, mientras el caballero español pone sus ojos en los altos ajimeces, se entreabre uno de ellos muy

despacito, y una mano muy blanca, una mano preciosa de mujer, descorre de pronto, como en sueños, ante el cautivo doliente, las espesas tinieblas del porvenir...

Unos escudos de oro, un pedacito de papel, unas frases ingenuas y amorosas, la señal de la cruz... «Alá te guarde, señor mío... Muchos cristianos he visto por esta ventana y ninguno me ha parecido caballero sino tú... Una esclava que tenía mi padre me dijo que fuese a tierra de cristianos a ver a la Virgen María que me quiere mucho... Mira, tú, señor, si puedes hacer que nos vayamos; yo soy muy hermosa y muchacha y tengo muchos dineros que darte...

Rescatáos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya uno a tierra de cristianos y compre allá una barca... Me hallaréis en el jardín de mi padre que está a las puertas de Babazón, junto a la marina, donde tengo de estar todo este verano... Allí de noche me podrás sacar sin miedo y llevarme a la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque si no yo pediré a la Virgen María que te castigue...»

¡Oh, dulcísima Zoraida, rosa de pasión y de ternura, fino y complejo corazón de niña y de mujer! ¡Qué encantadora mezcla de credulidad y astucia, de ingenuidad y de malicia, de resolución y de gracia, de valentía y de candor! ¿Te acuerdas, flor de las doncellas de Argel, cuando en el jardín de tu padre te sorprendió el buen viejo en los brazos amorosos del rescatado cautivo? ¡Cuán advertida y discreta dejaste caer entonces la frente sobre su pecho, doblando un poco las rodillas para dar a entender que tú te desmayabas y él, por caridad, te sostenía, y luego, «volviendo en ti», dijiste con fingida aspereza: ¡vete, cristiano, vete!

Más tarde, supiste afrontar, resuelta y valerosa, bien adornada con tus galas mejores y tus ricas gemas, los peligros de la fuga, las inclemencias del mar; sufriste los rigores de tu padre, el asalto de los piratas franceses, las inquietudes de la pobreza; hasta que al fin, escudada por el noble amor lograste pisar la playa prometida y ver la



imagen de la Reina del Cielo, de tu dulce Patrona, y las torres insignes que en el cielo español tienden con ímpetu los brazos abiertos de sus cruces...